

HISTÓRIA PÚBLICA POR LA PAZ: ENTREVISTA CON CATALINA MUÑOZ

HISTÓRIA PÚBLICA PARA A PAZ: ENTREVISTA COM CATALINA MUÑOZ


<https://doi.org/10.22228/rtf.v17i2.1395>



Isadora Dutra de Freitas

 Pontifícia Universidade Católica do Rio Grande do Sul

 <https://orcid.org/0000-0001-5007-417X>

 Email: isadorafre95@gmail.com

Apresentação: La historiadora Catalina Muñoz, profesora asociada del departamento de Historia y Geografía de la Universidad de los Andes (Bogotá, Colombia) y fundadora del proyecto “Historias para lo que viene”, se dedica a analizar la aplicabilidad de la perspectiva historiográfica en temas vinculados a la justicia transicional. Desde una perspectiva de larga duración, investiga sobre los usos del pasado y la relación con las demandas del presente. Especialmente en el caso colombiano, desarrolla proyectos con comunidades en las que realizan producciones históricas colaborativas, con el objetivo de promover reflexiones a favor de la paz y combatir la desigualdad social. En esta entrevista presenta un panorama de su carrera como investigadora, profundiza en debates teóricos y comenta sobre los impactos sociales resultantes de proyectos de historia pública.

1. ¿Podría hablar un poco sobre su experiencia? ¿Cuándo comenzó su investigación sobre Historia Pública y cómo su investigación anterior influyó y sigue influyendo en sus proyectos sobre este tema?

Me interesé por la Historia Pública desde muy temprano en mi carrera porque me preocupaba mucho cómo hacer que la investigación histórica tuviera relevancia en el mundo de hoy. Desde que terminé el pregrado empecé a buscar lugares donde hacer mi oficio como historiadora que me permitieran buscar tener algún impacto. Mi primer trabajo fue en el Museo Nacional de Colombia como asistente de curaduría y el segundo fue como maestra. Luego estudié museología y en seguida empecé un doctorado, lo que me trajo de regreso a la academia otra vez con mucha fuerza. Pero, cuando terminé el doctorado, empecé a trabajar en proyectos que involucraran el trabajo con comunidades. Empecé a recurrir a la historia oral, primero en un proyecto sobre la experiencia del pueblo Iku de la Sierra Nevada de Santa Marta con la presencia misionera a lo largo del siglo XX y luego indagando por las memorias de los habitantes de un barrio de clase

obrero en proceso de gentrificación en Bogotá, buscando ese diálogo entre la historia y las necesidades del presente. Entonces mi vínculo con la historia pública viene de tiempo atrás. Ahora, mi investigación doctoral no se enmarcó en la historia pública pero sí estuvo relacionada. Yo investigué la historia de la política cultural en Colombia durante los gobiernos liberales de 1930 a 1946. Me preguntaba qué me podría decir la política cultural sobre la formación del Estado y el desarrollo histórico de la ciudadanía en la Colombia y entre mis preguntas estuvo la de los usos del pasado en ese periodo de redefinición de identidades nacionales.

Me concentré en un periodo que en Colombia se considera uno de los momentos de mayor apertura democrática, y quería saber si, las pugnas por el poder en torno de la cultura, evidenciaban cambios o continuidades en las formas de exclusión del estado-nación. La tesis doctoral la terminé en 2009 y años más adelante, en 2016, cuando estaba repensando esa tesis para convertirla en libro, empecé a trabajar con mucha fuerza en un proyecto de historia pública en torno a la construcción de paz en Colombia. Coincidió el momento en que estaba trabajando en el manuscrito del libro con los diálogos de paz entre el gobierno colombiano y la guerrilla de las FARC. Junto con un grupo de colegas y estudiantes, veíamos con preocupación que el debate público sobre los acuerdos de paz, que además se someterían a un plebiscito, era muy ahistórico: se quedaba en discusiones sobre perpetradores y víctimas sin atender a las profundas raíces históricas de un conflicto que nos involucra a todos. Formamos entonces el proyecto de historia pública "Historias para lo que viene" con el objetivo de diseñar estrategias para nutrir el debate público sobre la paz desde la historia. Inicialmente pensé que el libro y el proyecto de historia pública que se cocían de manera paralela eran dos procesos aislados.

Sin embargo, cuando estaba terminando el libro lo ví: "¡Estoy pensando en lo mismo en los dos proyectos!". Como dije antes, mi investigación se preguntaba por la formación del Estado y por la historicidad de la categoría de ciudadanía. Uno de mis hallazgos fue que, incluso durante el periodo de apertura democrática que estudié, la inclusión de las clases populares en lo que se llamó "cultura nacional" se dio a través de un discurso paternalista y condescendiente por parte de las élites gobernantes. Si bien había un reconocimiento e inclusión de la llamada "cultura popular", esto iba de la mano con nociones homogenizantes del "pueblo" como inferior, necesitado, pobre... Clases trabajadoras, campesinado, mujeres, afrodescendientes e indígenas se incluían no en tanto ciudadanos iguales sino como ciudadanos precarios en necesidad de un enaltecimiento que se esperaba que la cultura suministrara. Como parte de la investigación para el libro, me puse a leer etnografías del estado contemporáneo desde la

antropología y el derecho. Estos trabajos, que se preguntaban por la formación del estado desde la última década del siglo XX hasta el presente, llegaban a conclusiones similares a la mía: en momentos de apertura democrática como fue la Constitución de 1991 o los procesos de justicia transicional desde 2005, las personas han tenido acceso a la ciudadanía siempre y cuando se presenten como ciudadanos precarios, necesitados y/o víctimas. No considerados como iguales. Aquí hay una continuidad y, en últimas, lo que trato de hacer en mi trabajo sobre historia pública es justamente tratar de reconfigurar estas relaciones. Entonces ví la conexión íntima entre ambos proyectos: mi trabajo histórico informa mi trabajo de historia pública, sus objetivos y las preguntas que me hago sobre el rol de la historia en moldear relaciones sociales excluyentes. Mis aprendizajes en la investigación histórica más convencional sobre cómo se configura la desigualdad y sobre sus historias de larga duración, informan la manera como pienso que la historia pública puede impactar nuestra sociedad hoy.

2. ¿Por qué consideras tan importante la Historia Pública en países con pasado autoritario? ¿De qué manera puede resultar útil para afrontar los desafíos actuales y los recuerdos sensibles?

Yo creo que es un error pensar que la historia pública es más relevante en los casos de los pasados autoritarios. Porque cuando lo pensamos así, pensamos que el pasado doloroso, que el pasado difícil, está amarrado únicamente a ese momento: al momento del quiebre democrático. Esto nos limita el campo de visión y crítica histórica a una temporalidad corta. Asociamos los pasados difíciles que hay que enfrentar desde la historia pública con las exclusiones y violencias de las dictaduras, pasando por alto la función de estos y otros autoritarismos previos en historias más largas del estado-nación, que ha sido violento y excluyente desde el inicio. En el caso de Colombia, que pareciera ser excepcional en el contexto de los golpes militares en Latinoamérica, el gobierno democrático recurrió a las mismas estrategias: hubo desapariciones, torturas, y otras formas de represión, todas en nombre de salvar la democracia de la amenaza de la izquierda como en el cono sur. Nuestros pasados difíciles están atados a la historia de nuestras democracias y es una historia que se remonta al siglo XIX.

Cuando centramos nuestra atención y esfuerzos como historiadores públicos en las experiencias autoritarias recientes dejamos de lado miradas de larga duración que son clave en lo que la crítica histórica puede aportar. El pasado doloroso que arrastramos en la América Latina, ese pasado que sigue doliendo hoy, no es únicamente el pasado autoritario. Para las organizaciones sindicales, como para las comunidades indígenas y afrodescendientes es evidente que la violencia del estado no se limita a los periodos de

autoritarismo sino que también ha ocurrido en democracia. Entonces, yo pienso que para la Historia Pública es muy importante no dejar de lado la perspectiva de larga duración. La crítica que se enfoca en el autoritarismo, deja intacto al Estado liberal moderno. No podemos olvidar que, ese Estado moderno que se dice liberal y democrático, mantuvo la institución de la esclavitud, y no sólo en Latinoamérica. Es importante cuestionar el mito de que la democracia liberal previene la violencia. En Estados Unidos por ejemplo, que se ha presentado como bastión de la democracia sin un pasado autoritario, hay un reclamos fuertes por una Historia Pública que lidie con el pasado difícil de la esclavitud que, como lo demuestra por ejemplo la sostenida violencia policial, no ha pasado. Es por eso que pienso que la relevancia de la historia pública va mucho más allá de los pasados autoritarios: es más, la historia pública de los pasados autoritarios se serviría mucho de desbordarlos, yendo más atrás pues una mirada de corta duración afecta nuestras posibilidades de transformación a futuro. Lo que hay que remediar no está solo ligado al autoritarismo; necesitamos cambios más profundos. Nuestro proyecto no debería ser solamente antiautoritario, sino también antirracista, feminista y decolonial.

3. Es muy interesante su perspectiva histórica sobre la larga duración y cómo interfiere con el presente. ¿Podrías hablar un poco más de esta relación entre la Historia Pública, la larga duración y la Historia del Tiempo Presente?

Mi reflexión sobre la relevancia de una mirada de larga duración para la historia pública está muy anclada al caso colombiano. En Colombia tenemos un trabajo muy fuerte de Historia Pública y, en particular, de trabajos de memoria en torno al conflicto armado. A comienzos del siglo XXI el gobierno colombiano reconoció la responsabilidad del Estado de garantizar el derecho a la verdad de las víctimas del conflicto. Fue en torno al proceso de paz con los grupos paramilitares que se hizo en 2005 que el gobierno creó el Grupo de Memoria Histórica para cumplir con el llamado "deber de memoria" garantizando así el derecho a la verdad. Desde este organismo, que aunque creado por un gobierno de derecha fue autónomo, un grupo de científicos sociales muy prestigiosos se dedicó a producir, preservar y difundir lo que se llamó la "memoria histórica" del conflicto, poniendo las voces de las víctimas en el centro. A este esfuerzo de memoria se unieron también múltiples organizaciones de la sociedad civil. Este trabajo ha sido muy importante pues ha permitido, en medio de la guerra que no ha parado, el reconocimiento por parte de la sociedad de la violencia sufrida.

Con todos sus méritos, este trabajo también ha suscitado una serie de críticas, algunas de ellas por parte de las organizaciones de víctimas. Muchos expresaron

incomodidad por ser representados únicamente como víctimas, lo que ha silenciado de manera importante formas de resistencia, agencia política y en general una complejidad mayor de las situaciones. Por su parte, comunidades afrodescendientes y comunidades indígenas han hecho un llamado a la necesidad de miradas de más larga duración, señalando que la violencia que ellos han vivido no ha sido solo a causa de los actores armados que se han disputado su territorio en décadas recientes: las comunidades indígenas han señalado que su lucha por el territorio viene de siglos atrás y las comunidades afrodescendientes han enfatizado el papel del racismo estructural.. Parte de mi reflexión viene de ahí. Así, en conversación con organizaciones de víctimas, he podido reflexionar sobre la necesidad de una mirada de duración más larga. Es un llamado por ir más allá del llamado al "nunca más" de las violaciones a los derechos humanos, y trabajar también en función de lograr a una sociedad más equitativa, una sociedad donde las ciudadanías distintas tengan el mismo valor, porque esas exclusiones están relacionadas con los ciclos de violencia. Eso requiere una mirada a un pasado más profunda.

La periodización que los escenarios de justicia transicional en Colombia han adoptado ha tendido a ubicar el inicio del conflicto armado en el surgimiento de las guerrillas revolucionarias en los años 1960. Esta es una mirada de mediana duración. Una mirada de más corta duración centraría el foco en la violencia que arrancó en las últimas décadas del siglo XX, con la incursión del narcotráfico y el paramilitarismo. Pero lo que quiero enfatizar es que la mirada de duración más larga es necesaria porque la violencia no empieza con las guerrillas: estas son un producto de otras violencias que venían de antes y que tienen que ver con el despojo y las distintas formas de exclusión y precarización que fueron de la mano con la inserción acelerada de Colombia al capitalismo mundial. La historia de la guerrilla de las FARC, por ejemplo, tiene sus orígenes en un campesinado que desde la década de 1920 venía luchando por su derecho a la tierra y a trabajar para sí y no para otros, y con el tiempo, con la represión, con la falta de avenidas políticas para la transformación, se fueron radicalizando hacia la izquierda. Si nos concentramos en unos actores armados específicos como los culpables de la guerra, terminamos con una perspectiva muy reducida que no nos permite ver las causas que llevaron a esos actores a armarse y que llevarán a otros a repetir esa senda mientras las condiciones no se transformen.

Una mirada de larga duración nos permite ver el vínculo que hay entre la violencia, las formas represivas y autoritarias de gobierno y la expansión del capitalismo. Si dejamos

los elementos estructurales por fuera, la guerra se reduce al nivel de los individuos, de víctimas y perpetradores, de buenos y malos.

Pensemos en los autoritarismos de Centro América, el cono sur y Brasil, por ejemplo. Las dictaduras militares surgieron en defensa de los intereses de unos grupos de poder económico y político. Esos intereses económicos no eran nuevos: están atados a la expansión capitalista que se dió en nuestra región de forma intensa desde finales del XIX. Las dictaduras surgieron para defender un modelo económico que estaba siendo retado, y cuando bajaron del poder, no fue porque perdieran esa batalla: la ganaron y dejaron el camino despejado para el neoliberalismo. De hecho, nuestras democracias han tenido elementos autoritarios desde el inicio. El problema más de fondo está relacionado con un modelo económico y social, atados a un modelo político, por supuesto. Y si no cuestionamos las raíces, si no cuestionamos las exclusiones de la democracia liberal – en cuyo nombre se legitimó el terrorismo de estado – los ciclos de violencia van a seguirse repitiendo.

4. ¿Cómo se ha desarrollado el movimiento de Historia Pública en Colombia? Considerando que los países han adoptado diferentes perspectivas y acciones en función de sus experiencias distintas.

En Colombia, la historia pública en tanto área vinculada a la historia como disciplina académica, es relativamente reciente. Pero, las prácticas de historia pública tienen trayectorias más largas. En Colombia tenemos una tradición en las ciencias sociales que se remonta a las décadas de los 1960 y 1970, cuando se consolidan las ciencias sociales en el país, en un momento en que entre los científicos sociales había un compromiso fuerte con la transformación de la sociedad. Muchas de las figuras importantes de las ciencias sociales imprimieron en su trabajo un carácter público importante: sus producciones académicas, sus análisis de la realidad socioeconómica, no eran únicamente una tarea académica, sino que tenía un carácter público e incluso político. Una persona muy importante, por ejemplo, fue Orlando Fals Borda, uno de los fundadores de la sociología en Colombia y proponente de la Investigación Acción Participativa, que sigue siendo un pilar de la manera como yo, y otros historiadores colombianos, practicamos la Historia Pública. Fals Borda hizo por ejemplo un proceso maravilloso con comunidades campesinas en la Costa Caribe investigando con ellos, no sobre ellos sus historias. Junto con un grupo de investigación compuesto por expertos y no expertos produjeron comics que contaban la historia de la región en un momento en que las organizaciones campesinas eran muy fuertes, a comienzos de los años 1970. Entonces, la práctica viene de atrás, pero no se llamaba “Historia Pública”.

De otro lado, en América Latina, tenemos una Historia Pública muy distinta de la norteamericana. Allá se consolida con el fin de ofrecer a los estudiantes de historia un camino profesional distinto: que pueden trabajar afuera de la academia. Aunque hay quienes, como Denise Meringolo, han argumentado que también hay otras raíces de la historia pública, fuera de la academia, que son más radicales. En Colombia, y creo que podemos decir en toda América Latina, la Historia Pública no surge de ligada a las preocupaciones académicas o de una necesidad profesional laboral. Surge de nuestras propias realidades, que nos llevan como investigadores a cuestionarnos el papel del conocimiento social en la posibilidad de cambiar las fuertes realidades en las que estamos inmersos. También nos hemos preguntado por el papel que ha cumplido el conocimiento en forjar las desigualdades en las nuestras sociedades. Lo novedoso en años recientes es el diálogo que se ha generado a nivel internacional entre estas prácticas y las del campo de la llamada “Historia Pública” en el norte global. Tuve la oportunidad de empezar a participar en esos diálogos cuando, en el año 2016, la Federación Internacional de Historia Pública iba a hacer su tercer congreso internacional y el director de la federación, Serge Noiret, habló con mi decano para hacerlo en mi institución: la Universidad de los Andes. Terminé al frente de la organización del congreso y a partir de ahí empecé a acercarme al trabajo de colegas de distintos países, incluyendo países de nuestra región como Brasil y Chile, de donde han surgido conversaciones muy inspiradoras. Incluso a nivel nacional y local, el congreso fue una oportunidad para invitar y compartir con personas que estaban haciendo trabajo interesantísimo que activaba conexiones entre pasado y presente desde museos, desde la radio nacional, desde las bibliotecas públicas... El insertarnos en esas redes ha sido importante para Historia Pública en Colombia, no porque no existiera la práctica aquí antes, sino porque nos ha permitido generar espacios de diálogo nuevos. Hoy en día, en los congresos de historia en Colombia suelen haber mesas sobre historia pública, y hay grupos muy bien consolidados en varias universidades pensando y haciendo historia pública, y formando estudiantes.

5. Fuiste el creador del proyecto “Historias para lo que viene”. Me gustaría preguntar sobre el desarrollo del proyecto: ¿cómo surgió la idea? ¿Cuáles fueron los mayores desafíos durante su realización? ¿Y cuáles son los impactos en la vida de las personas que participaron y de la comunidad en general?

La idea de “Historias para lo que viene” surgió en el momento del plebiscito por los acuerdos de paz firmados entre el gobierno y la guerrilla de las FARC en el año de 2016.

Vivíamos un momento histórico muy importante pues, además de acordar la desmovilización de las FARC, los diálogos que duraron más de cuatro años en la Habana formularon una propuesta sólida de transformación estructural para acabar con el conflicto. Los acuerdos abarcaron puntos clave de mirada de larga duración, como por ejemplo el problema de la tierra que hace de Colombia uno de los países más desiguales del mundo. Otro punto fue la necesidad de profundizar la participación política. No puede haber paz si la gente que más ha sufrido con el conflicto armado, si la gente que más sufre esas desigualdades, no tiene acceso a los estamentos de decisión política. También se discutió el problema del narcotráfico, que es clave en Colombia porque mientras haya narcotráfico, va a haber grupos armados.

En el plebiscito, los colombianos íbamos a votar si íbamos de acuerdo o no con esas propuestas de cambio, no solamente con desmovilizar a las FARC. Los acuerdos proponían una forma de justicia restaurativa frente a los grupos armados, e incluía no solo a las FARC sino a otros perpetradores. Este fue el punto de mayor desacuerdo: para muchos colombianos era inaceptable que, quienes habían producido tanto sufrimiento, no fueran sancionados penalmente, con cárcel, sino que se privilegiara una aproximación restaurativa con la justicia. Y, muy importante, los acuerdos incluyeron también que los excombatientes podrían participar en política. Mucha gente se ofuscó terriblemente con eso: “¿Cómo serían congresistas después de lo que hicieron?”

Entonces, ¿de dónde surgió lo “Historia para lo que viene”? En la universidad, en las clases con nuestros estudiantes, los acuerdos eran tema de conversación constante. Formamos un grupo de profesores y estudiantes a quienes nos preocupaba que el debate público estaba siendo muy ahistórico. La gente estaba pensando su voto desde miradas coyunturales, esperando soluciones inmediatas, mientras nosotros desde una mirada histórica veíamos que el reto de transformación para la no repetición era inmenso. Si el debate público era tan pobre históricamente, eso nos hablaba de cómo nuestros debates académicos y rigurosas interpretaciones del conflicto armado se habían quedado en la academia. Con el ánimo de compartir nuestra visión con sectores más amplios, y con gran sentido de urgencia al acercarse el plebiscito, nos propusimos a hacer unos videos cortos que explicaban los distintos puntos de los acuerdos de paz y su relevancia para un público amplio. Hicimos entrevistas con expertos y estudiantes de arte produjeron ilustraciones para armar videos. Circulamos los videos en redes sociales.

Otra cosa que hicimos fue un programa que se llamó “Clase en la calle”. Sacamos nuestras clases al espacio público, armando una programación constante y haciéndole publicidad en redes. Hicimos clases en Plaza Central de Bogotá, frente al Museo Nacional,

frente a la Biblioteca Luis Ángel Arango, entre otros lugares muy transitados. Ese fue el surgimiento de “Historias para lo que viene”. Juntos, tres profesoras (Ana María Otero, Constanza Castro y yo) y un grupo de estudiantes increíble, nos propusimos diseñar estrategias para nutrir el debate público sobre la paz desde una perspectiva histórica que nos parecía – y nos sigue pareciendo – fundamental. También invitamos personas de la universidad pública. Invitamos a Paolo Vignolo de la Universidad Nacional y a varios de sus estudiantes que también quisieron integrarse. El nombre de semillero, “Historias para lo que viene”, hace referencia justamente a esa intención que nos convocó: apelar a que las historias que nos contamos son pieza clave de moldear el futuro que nos soñamos.

En el plebiscito ganaron quienes se opusieron a los acuerdos. Fue un golpe muy duro. Pero pensamos: “bueno, esto no nos puede frenar. Por el contrario, este trabajo es de largo aliento”. Nosotros, como historiadores, sabemos que cambio no pasa de un día para otro, tenemos que cambiar las formas de narrarnos, las formas de pensar nuestro pasado y nuestro presente si queremos modificar estructuras con el tiempo. La profesora Constanza Castro lideró una iniciativa muy bonita que se llamó “Historia entre todos”, que fue una serie de talleres de historia en alianza con las bibliotecas públicas de Bogotá. Los sábados en la tarde se convocaba a los habitantes de un barrio a venir a la biblioteca, a un taller de historia. Y Constanza junto con un grupo de estudiantes brillantes, diseñaron pedagogías no para enseñar historia, sino para desde la historia y fuentes primarias generar conversaciones sobre los retos del hoy. Trabajaron en una “pedagogía para la paz” durante varios años y siguen promoviendo iniciativas en esa vía. Ana María Otero continuó con la programación de Clase a la Calle y durante la pandemia lo convirtió en serie podcast: Clase a la Casa. Por mi parte, yo empecé un programa que sigo liderando hoy en día de producción de historias colaborativas con comunidades. Eso surgió un poco de los videos, claro que los videos fueran con académicos. Lo que estoy haciendo hoy en día es producir narrativas en formato podcast y radial con comunidades que han sido victimizadas en el marco del conflicto. Lo que busco es asociarme con ellos como coautores para aprender y proponer con ellos otras formas de investigar y contar las historias de Colombia de tal forma que contribuyan a la reparación.

Los desafíos que hemos enfrentado son varios. Primero, que la forma como hemos propuesto practicar y producir “historias para lo que viene”, no siempre encaja en la Academia. Este reto lo hemos enfrentado y creo que hemos logrado transformaciones valiosas. Hemos logrado, por ejemplo, que se reconozcan como productos académicos nuestras propuestas: hemos argumentado que, aunque no estén en los formatos tradicionales de libros y artículos, lo que hacemos es conocimiento nuevo que propone

reflexiones historiográficas y se basa en el uso de metodologías coherentes. Incluso es trabajo que implica una reflexión epistemológica sobre la historia misma.

Otro desafío es que estas formas distintas de hacer historia nos ponen en un lugar a veces incómodo, no familiar, de experimentación. Cuando se trata de escribir un artículo para una revista indexada, de hacer una investigación tradicional en historia, yo sé a hacer eso: fue lo que me entrené para hacer en el pregrado y el posgrado. Pero, este tipo de trabajo es muy distinto. Implica “lanzarse al agua” y eso puede ser difícil a veces, pues es muy experimental, pero también es muy emocionante. No sabes se va a salir bien o a salir mal, no sabes cómo hacerlo, estás aprendiendo en el camino. Implica rehacernos. Por ejemplo, cuando yo hago investigación histórica, yo soy la investigadora principal, yo defino la pregunta investigación, la historiografía con la que voy a dialogar, la metodología, la estructura narrativa. Cuando yo lidero un proyecto como el pódcast, mi rol no es solamente la investigación histórica sino que entro también en un rol de productora general. Producir un podcast, y más cuando se hace de forma colaborativa con miembros de una comunidad, implica dominar habilidades que yo no aprendí cuando estudié historia desde buscar financiación, pasando por coordinar procesos distintos que deben correr de forma paralela, hasta repensar qué consideramos histórico y por qué hacer historia desde las miradas de nuestros colaboradores. Yo aprendí en mi formación a trabajar sola. Este trabajo de productora general implica trabajar con el guionista, con el compositor de la música, con la comunidad haciendo las historias orales, con el artista que genera las ilustraciones, con la ingeniera que hace la mezcla de sonido, con el financiador, con los medios para hacer difusión. Producimos además material pedagógico, entonces también trabajé con maestros. Era algo muy distinto de lo que aprendí como historiadora.

Es importante resaltar que este desafío de enfrentar lo que no sabemos hacer y repensar las posibilidades de nuestro oficio, ha sido abrumador e incluso aterrador a veces, pero también ha sido muy gratificante. En muchos momentos yo me sentí muy insegura de no saber lo que estaba haciendo. Pero, también he aprendido del placer de experimentar, de desafiar las formas. Yo uso lo que aprendí en mi formación académica, y por supuesto lo honro y lo valoro. Pero también lo he redefinido de muchas maneras. El reto de hacer una historia reparativa implica repensarnos la historia, hacer historia de forma diferente. Eso es un desafío, porque hacer hay que hacer el trabajo a la par de estar haciendo una reflexión epistemológica permanente. Las disciplinas nos enseñan a ser disciplinados, y esto para mí ha sido un proceso de cómo aprender a usar esa

disciplinareidad de una manera más indisciplinada. Hay algunos a los que esto les viene fácil. Para mí ha sido un reto; una terapia incluso.

Sobre los impactos hay muchos niveles. Vamos a empezar por los estudiantes que han pasado por el semillero. Algunos de los estudiantes que empezaran con nosotros en 2016 trabajan en archivos, en los aparatos de memoria del Estado, en justicia transicional. Han llevado sus intereses y experiencias a esos lugares, donde han aprendido todavía más. Me encanta invitarlos ahora a clase, a que compartan su experiencia con los estudiantes de ahora. Incluso he vinculado algunos a los proyectos actuales, pues la experticia que han ganado, nutre el trabajo colaborativo. Por ejemplo, en el proyecto de podcast que estamos iniciando ahora, queremos incluir la conformación de un archivo comunitario. Yo no sé nada de eso, pero uno de los estudiantes que fue parte del grupo inicial de “Historias para lo que viene”, trabajó posteriormente en el archivo de la Comisión de la Verdad. Otra estudiante ha venido trabajando con archivos de los derechos humanos desde el Archivo de Bogotá. Ahora los llamo para que me asesoren. Ese es un impacto que yo considero maravilloso.

Hay un impacto en mí; hoy soy otra persona. Ya no quiero trabajar sola, encerrada. Me nutre trabajar con otros y no solamente como investigadora sino como persona. He aprendido con comunidades que me invitan a entender por qué para ellos, cuando yo los pregunto por la historia, mi remiten al río y a los árboles. Así como el compartir con ellos ha transformado mi mirada, también ha habido un impacto en las comunidades mismas. Los líderes sociales afrocolombianos de la región del Choco junto con quienes produjimos el podcast Nuestra Orilla, ahora diguen produciendo narrativa en distintos formatos, incluyendo el podcast, sobre su territorio. Además, fundaron una escuela de comunicación y liderazgo para jóvenes en su región, para fomentar los nuevos liderazgos. Entonces, esa es otra manera de como yo veo que de nuestro trabajo florecen nuevas cosas.

6. Ha aumentado el número de proyectos de Historia Pública en diferentes medios como podcasts, documentales y exposiciones. ¿Cómo evalúa este proceso actualmente? Principalmente el establecimiento de relaciones más democráticas en la producción y divulgación del conocimiento.

Sí, se ha extendido muchísimo. En Colombia la Historia Pública estaba muy centrada en archivos y museos. Ahora se han ampliado mucho los lugares y medios, y quizás más importante, hemos centrado mucho la necesidad de ir más allá de la difusión y más bien cuestionar a la academia como centro único del conocimiento. Estamos pensando en cómo desafiar las desigualdades de nuestra sociedad desde el relato histórico y proponer maneras más democráticas de conocer. La historia pública está presentando un

desafío muy fuerte a la historia más convencional, la más anclada en lo disciplinar y académico, que insiste que la rigurosidad está únicamente en nuestra cercanía con las fuentes, una historia aún muy objetivista y muy engranada en el siglo XIX y nociones de progreso lineales. Creo que la Historia Pública le está retando de muchas maneras.

No se trata de tirar por la borda los aprendizajes de la historia académica, o de rechazar nuestra propia historia porque, ¿quién puede despojarse de su pasado? Pero sí se trata de preguntarnos cómo nos potenciamos cuando nos abrimos a otras maneras de hacer y ampliamos los límites de lo que nos parecía posible. Aquí es muy importante lo que podemos aprender de los movimientos sociales, que vienen pensando en el cambio histórico de manera más orgánica desde hace rato.

Recebido em 19 de setembro de 2024

Aceito em 07 de outubro de 2024